

El número de los franceses, sin embargo, se aumentaba incesantemente: grandes masas de caballería formando arco avanzaban por ambos lados y los batallones de la vanguardia, que fueron acorralados en la aldea, no pudieron formarse y sufrieron grandes pérdidas. El feld-mariscal, que solo tenía a su lado una pequeña fuerza de caballería, decidió sacar a su ejército de una situación en la cual tenía que sostener una lucha tan desigual: la infantería recibió orden de retirarse en columnas y en cuadros, con la artillería en los espacios intermedios y defendida á los lados y en la retaguardia por la caballería y por los tiradores. El enemigo seguía avanzando y atacando de una manera terrible. La comarca al través de la cual corría el camino de retirada era rasa y sin accidentes, pero tenía á trechos algunos bosquecitos y sotos que ocultaban los movimientos de la caballería francesa. La infantería evitaba entrar en ellos, conservando el orden y no perdiendo de vista al enemigo. Desde la aldea de Janvilliers hasta casi la mitad del camino de Champaubert á Etoges, es decir, en un espacio de cerca de cuatro horas, se sostuvo un solo pero incesante combate de retirada: no hubo un cuadro, no hubo una columna que no sufriera los ataques de la caballería ó el fuego de la infantería enemiga, ni que dejara, á su vez, de hacer fuego un momento. La retirada se verificó, pues, en perfecto orden, cargando y disparando sin descanso los fusiles. Muchas veces penetró la caballería enemiga entre los cuadros, pero siempre tuvo que retirarse con grandes pérdidas ante la violencia de los fuegos cruzados. Varios ataques fracasaron apenas iniciados. Al ponerse el sol se descubrió que el cuerpo de caballería que formando arco habíamos visto marchar á nuestros flancos había llegado, casi en la mitad del camino de Champaubert á Etoges, á nuestra línea de retirada, colocándose en numerosos grupos en la calzada y á la derecha é izquierda de ésta, con el propósito evidente de oponerse á la continuacion de la marcha. En aquel momento el general Blucher se vió cercado por todos lados, pero rápidamente tomó su resolución, que con no menos rapidez fué ejecutada: su voz de mando fué ¡adelante! para abrirse paso al través de la barrera que delante de nosotros se levantaba, y las columnas y los cuadros, atacados por todas partes, avanzaron en formacion compacta y completamente cerrada. La artillería rompió un vivo fuego contra la caballería que se había situado en el camino y las primeras columnas de la infantería hicieron descargas cerradas: la caballería enemiga no pudo resistir á esta actitud enérgica y decidida y tuvo que abandonar el camino, dejando expeditos sus dos lados y limitándose á atacar los flancos y la retaguardia. Estos ataques continuaron sin descanso, pero á pesar de ellos las tropas no vieron en ningun punto rota su línea ni se notó en ellas el mas pequeño desorden. Al caer la noche llegaban por fin á la aldea de Etoges, pero al querer penetrar en ella fueron recibidas por las descargas de un peloton de infantería que, pasando por atajos, se les habían adelantado. Los generales Kleist y Kapzewitz vencieron tambien este obstáculo, forzaron el paso al través de la aldea, aunque con grandes pérdidas, y condujeron su ejército, sin nuevos quebrantos, hasta Bergeres, donde las tropas vivaquearon aquella noche. Las pérdidas sufridas en esta larga y sangrienta lucha ascendieron á 3,500 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y siete cañones. El enemigo había desistido indudablemente de la idea de aniquilar á todo el cuerpo de ejército. Sus fuerzas ascendían al doble de las nuestras y su caballería al triple, pues quizás se componía de 8,000 caballos; en cambio, la artillería de Blucher era mas numerosa y estaba mejor servida; así es que entre ésta y las derrotas sufridas por sus jinetes á consecuencia de las descargas de fusilería de los cuadros, las pérdidas de los franceses fueron

muuy considerables. No encuentro palabras bastantes para expresar la admiracion que en mí causaron la intrepidez y la disciplina de las tropas. Los ejemplos del feld-mariscal Blucher, que estaba en todas partes arrojando la terrible lluvia de balas, de los generales Kleist y Kapzewitz, del general Gneisenau, que dirigió el movimiento de la calzada, del general Zieten y del príncipe Augusto de Prusia, que al frente siempre de su brigada enardecía á sus soldados haciéndoles luchar heroicamente, no podían menos de infundir á las tropas una bravura que llenó de sorpresa y de admiracion al mismo enemigo (1).» El autor de esta narracion era un hombre sombrío, reservado, sóbrio en el hablar y pesado, y por esto era muchas veces tenido por descontento y malhumorado aun cuando ni remotamente lo estuviera. En la noche que siguió á este combate, el profesor Steffens lo encontró completamente cambiado. «La peligrosa jornada, la disciplina de las tropas, el valor y la energía por todos desplegados aparecian tan sublimes ante los ojos de aquel valiente inglés, que no cesaba de recordar conmovido todas estas cosas: la lengua se le había desatado de repente, deshaciéndose en alabanzas (2).»

Napoleon atribuyó la victoria á sus 8,000 jinetes (3), que realmente supieron aprovecharse eficazmente de su superioridad. Pero mas que á otra cosa se debió á su propia y sin igual energía, que en aquella última lucha aparecía tan radiante como en sus primeras é inmemorables jornadas de abril de 1796, de Montenotte, Millesimo y Dego (4).

Con la misma rapidez del rayo con que en 9 de febrero se había dirigido desde el Sena al Marne para rechazar al ejército de Silesia, regresó del Marne al Sena para derrotar al ejército principal: en la mañana del 15 de febrero, en que tomó sus disposiciones para el combate, escribió á su mayor general que en cuanto estuviera tranquilo por este lado y notara en Schwarzenberg el menor movimiento de retirada se desviara inmediatamente hácia el Nordeste para apoderarse de Vitry y de la Alsacia (5).

Entretanto, habían ocurrido en el congreso de paz de Chatillon, por un lado, y en el cuartel general de los monarcas por otro, cosas en extremo notables, de las que hablaremos mas adelante, limitándonos por ahora á tratar de una discordia que surgió en Troyes antes de tenerse noticias de los descalabros sufridos por Blucher. Reynier, que como Merveld había sido hecho prisionero en Leipzig y canjeado con éste, fué recibido en Troyes por los monarcas cuando regresaba á Paris, y habiéndole preguntado el emperador Alejandro cuándo pensaba llegar á esta capital, contestóle que el 14 ó el 15 de febrero, á lo cual replicó Alejandro: «Entonces Blucher llegará antes que vos. Napoleon me ha humillado pero yo le humillaré á mi vez: mi guerra no va en manera alguna contra Francia, y tanto es así, que si el emperador muere, me detendré inmediatamente. — De modo que V. M. hace la guerra en pro de los Borbones, — preguntó Reynier. — ¿Los Borbones? — contestó el emperador, — ni siquiera he pensado en ellos. Elegid un soberano de entre vosotros mismos, uno de los famosos generales que tanto han contribuido á la gloria de Francia, y estamos dispuestos á reconocerle.» Y entonces le hizo Alejandro las mas extrañas confesiones, indicándole especialmente que se proponía imponer á los franceses á Bernadotte (6), de la misma manera que catorce años antes

(1) Cuartel general de Chalons, en 15 de febrero de 1814.

(2) *Lo que he presenciado*, tomo VIII, pág. 21.

(3) Carta á José, 14 de febrero. *Corresp.*, XXVII, pág. 167.

(4) Véase la obra del conde York de Wartenburg: *Napoleon como general*, tomo II (Berlín, 1886), pág. 357.

(5) *Corresp.*, XXVII, pág. 171.

(6) Véase anteriormente.

Catalina había impuesto á los polacos á Poniatowsky. A esto Reynier le contestó, dejándole no poco conturbado, que el nuevo príncipe heredero de Suecia era, por su conducta y por sus dotes de militar francés, objeto de unánime desprecio (1).

Al regresar Napoleon al Sena, el ejército principal avanzaba rápidamente sobre Paris siguiendo las dos orillas de este rio. Al Norte del Sena, Wittgenstein se encontraba en

Provins y Wrede en Nangis, y al Sur estaban Colloredo en el bosque de Fontainebleau, Giulay en Pont-sur-Yonne, los cosacos en los alrededores de Orleans y Mauricio Lichtenstein en Sens. En el mismo Sena los wurtembergueses ocupaban á Montereau, y Barclay de Tolly con los guardias rusos y prusianos estaba entre Bray y Nogent (2); Schwarzenberg se encontraba en Bray.

Siguiendo el camino transversal que desde Meaux-sur-



El príncipe Schwarzenberg.

De un grabado de Pichler (1798), cuadro original de Augusto Federico Oelenhainz (1749-1804).

Marne va á Melun-sur-Seine, llegó Napoleon el día 16 de febrero á Guignes, y tomando allí, el día 17, el camino que por Mormant, Nangis y Provins conduce á Nogent-sur-Seine, presentó batalla con fuerzas muy superiores á la division del conde Pahlen, que como vanguardia de Wittgenstein se encontraba en Mormant. La noticia de este combate, que terminó con la completa derrota de los rusos, causó en el cuartel general de Bray una impresion terrible: el príncipe Schwarzenberg conferenció inmediatamente con el emperador Alejandro y con el rey Federico Guillermo, siendo el re-

sultado de esta conferencia dos cartas que escribió aquel, una de ellas dirigida al príncipe Metternich, que se había quedado en Troyes con el emperador Francisco, fechada en Bray, en 17 de febrero de 1814, y cuyo contenido era el siguiente (3):

«Con gran impaciencia esperamos noticias de Chatillon. Mucho me temo que todas las magníficas resoluciones que

(2) Thiers, tomo XVII, pág. 331.

(3) Esta carta no ha sido conocida hasta que recientemente la ha publicado el príncipe Metternich en su obra: *Participacion del Austria*, etc., pág. 811. Por ella se ve confirmada la opinion que antes había yo formulado acerca del origen de la proposicion de armisticio de Schwarzenberg. C, pág. 45.

(1) Thiers, tomo XVII, págs. 327-328, segun la relacion inédita de Reynier.

hace dos días adoptamos no den ningún resultado, como ya se lo manifesté en Troyes á nuestro soberano. Aquellas medidas se adoptaron demasiado tarde. El enemigo ha avanzado con grandes fuerzas contra Wrede y Wittgenstein, los cuales tenían instrucciones para retirarse al Sena: Wrede cumplió el mandato con el mayor orden, pero Wittgenstein, que no quiso obedecer lo que se le mandaba, ha sufrido un descalabro bastante sensible, habiendo perdido varios cañones y su vanguardia, que ha sido vergonzosamente diezmada. Yo propuse al emperador Alejandro enviar una carta al príncipe de Neufchatel para anunciarle que los soberanos habían dado poderes á sus ministros para firmar una paz previa sobre la base de las condiciones convenidas con el duque de Vicenza. El emperador aprobó la proposición, que inmediatamente remití al coronel Paar, á quien yo había dado ya las oportunas instrucciones. La carta, de la cual tenéis una copia, fué escrita á presencia del emperador y con asentimiento del rey. Para no ser derrotados aisladamente, me limitaré á defender con energía los puentes de Bray y de Nogent y á reunir mis fuerzas detrás del Sena y del Yonne. Hemos desperdiciado una ocasión que por muchos conceptos debiéramos desear que volviera á presentarse. El mundo nos juzgará severamente. No temo al enemigo pero sí al hambre (1) desde el punto y hora en que hayamos de unirnos.»

La otra carta que el coronel Paar debía entregar al mayor general de Napoleón anunciaba no solo que el día anterior habían debido firmar los plenipotenciarios la paz previa sino que Schwarzenberg había suspendido todo movimiento de ataque contra el ejército francés y esperaba que los franceses harían otro tanto (2).

Las avanzadas francesas no dejaron pasar al conde Paar, pero recibieron de sus manos la carta encargándose de hacerla llegar á su destino. Napoleón, apenas la hubo leído, escribió con aire de triunfo á su hermano José, su regente en París: «¡Hermano mio! Por fin el príncipe Schwarzenberg ha dado señales de vida, enviando un parlamentario en demanda de armisticio. Es difícil ser mas cobarde. Constantemente ha rechazado en términos los mas ofensivos toda clase de armisticio ó de tregua; nunca quiso recibir á mis parlamentarios cuando se rindieron Dantzic y Dresde, monstruosidad sin ejemplo en la historia. ¡Y al primer desastre estos miserables doblan la rodilla! No concedo tregua hasta que ellos hayan evacuado mi territorio. — Si hubiese firmado las antiguas fronteras, á los dos años hubiera tenido que tomar precipitadamente las armas y la nación habría dicho que lo que yo había firmado no era una paz sino una capitulación. Dentro del nuevo estado de cosas no podría yo decir otro tanto, pues la suerte vuelve á serme propicia: soy dueño de imponer mis condiciones (3).»

En aquel mismo día y después de un combate en extremo sangriento arrojó á los wurtembergueses de Montereau, se apoderó del puente de piedra que en este sitio atraviesa el Sena y fué causa con ello de la retirada general del ejército principal á Troyes. La persecución de estas tropas le llevó hasta Nogent, desde donde en 21 de febrero envió una carta al emperador Francisco amenazándole que si no aceptaba inmediatamente la paz con las condiciones de Francfort, su ejército sería aniquilado como lo habían sido los de Blucher y Kleist, y diciéndole que por su parte no sacrificaría nunca á Amberes y á la Bélgica (4). Al día siguiente escribía Berthier á Schwarzenberg para manifestarle que le habían enga-

(1) «El ejército se muere de hambre,» escribía el mismo Napoleón, en 8 de febrero, al tesorero Daure. *Corresp.*, XXVII, pág. 135.

(2) *C.*, pág. 45.

(3) *Corresp.*, XXVII, págs. 190-191.

(4) *Corresp.*, XXVII, págs. 224-226.

ñado y que el día 16 no solo no se había firmado la paz sino que por el contrario las negociaciones habían tenido un retroceso porque las nuevas proposiciones de los aliados eran humillantes y tendían á borrar á Francia del número de las potencias, especialmente de las marítimas: añádale que el mejor servicio que podía prestar era influir para que fuesen inmediatamente aceptadas las condiciones del emperador Napoleón (5).

Al llegar Napoleón el día 23 de febrero á Troyes presentósele el príncipe Wenceslao Liechtenstein con una embajada del príncipe Schwarzenberg en la que se le proponía un armisticio: las consecuencias de este paso fueron que Napoleón pudo penetrar en Troyes sin disparar un tiro (6), mientras los aliados se retiraban por el otro lado pasando el Sena y tomando el camino que por Lusigny y Vendevivre conducía á Bar-sur-Aube. De mayor importancia que las promesas hechas en 24 de febrero en la aldea de Lusigny relativas al armisticio, fué el hecho de que el infatigable Blucher había llegado nuevamente al Aube y al Sena y, al tener noticia de lo que ocurría, había adoptado la única resolución salvadora, que era retroceder al Marne.

En Chalons unió Blucher á sus tropas los descalabrados cuerpos de York y de Sacken y el día 18 de febrero se puso en marcha con su ejército, desde entonces unido, hacia el Aube y el Sena, según lo disponía una orden expedida desde Troyes por Schwarzenberg. En la tarde del día 21 (7) penetraron estas tropas en Mery-sur-Seine, en donde al día siguiente recibió Blucher una carta de Schwarzenberg, de la cual se desprende que había sido abandonada la idea de dar, en unión con él, la batalla decisiva contra Napoleón, habiéndose ordenado en vez de esto la retirada á la orilla derecha del Sena, como así se verificó el día 23 (8). La idea de unirse á esta retirada, de infundir en sus valientes tropas el miedo y el desaliento, de conducir á su ejército reorganizado casi mágicamente á una comarca pobre por naturaleza y á la sazón completamente asolada, exponiéndolo á perecer de hambre; la idea de abdicar, como general, en manos de una diplomacia que ignoraba las consecuencias funestísimas de sus disposiciones, esta idea, decimos, era tan intolerable para el anciano héroe que hubiera preferido á ella cualquier empresa por arriesgada y loca que hubiese sido. Por esto aceptó con placer la proposición que le hizo el coronel Grolmann de torcer á la derecha, pasar de nuevo el Aube y el Marne y reunirse, en la dirección de Laon, con los cuerpos de Bulow y de Winzingerode que acudían de los Países Bajos. Este era el único medio de separar á Napoleón del ejército principal y de conquistar el camino de París. Así decía la proposición que el coronel Grolmann llevó en 22 de febrero al cuartel general de Troyes y que fué unánimemente aprobada por los monarcas, ministros y generales después de oír las convincentes razones que en un corto discurso les expuso aquel en su apoyo. Cuando en 23 de febrero comunicó al feld-mariscal la concesión de esta autorización tan ardientemente deseada, Blucher escribió inmediatamente al emperador de Rusia. «Agradezco respetuosamente á V. I. M. que me haya permitido tomar la ofensiva: de ella espero los mas felices resultados si V. I. M. da las órdenes oportunas para que los generales Winzingerode y Bulow obedezcan mis instrucciones. Unido con ellos avanzaré sobre París, sin miedo alguno á Napoleón ni á sus mariscales que se me presenten delante (9).»

(5) *C.*, pág. 53.

(6) Thiers, tomo XVII, pág. 383.

(7) Nostitz: *Diario*, tomo I, pág. 106.

(8) Pertz-Delbruck: *Gneisenau*, tomo IV, pág. 81.

(9) Esta carta, insertada también en Colomb, págs. 105-106, no

Blucher se puso en marcha el mismo día 23 por la tarde y á las ocho de la noche del 24 decía el coronel Lowe desde el cuartel general de Anglure: «Esta mañana el feld-mariscal Blucher ha echado sobre el Aube tres puentes pontones por los cuales ha pasado todo el ejército, después de lo cual éste prosiguió su marcha de noche sin ser visto por el enemigo, que se encontraba enfrente de Mery. Esta noche las tropas vivaquean aquí y en los alrededores y probablemente mañana al amanecer se encaminarán hacia Sezannes.» El ejército silesio estaba ya en plena marcha detrás de Marmont, que iba huyendo, cuando en el cuartel del rey de Prusia, que lo tenía en Bar-sur-Aube, se celebró en 25 de febrero un gran consejo de guerra para aprobar solemnemente la empresa acometida por Blucher y por su valeroso Estado Mayor. Asistieron á él los emperadores Francisco y Alejandro, el rey Federico Guillermo, los príncipes Schwarzenberg y Metternich, lord Castlereagh, el conde Nesselrode, el canciller de Estado, Hardenberg, y los generales conde Radetzky (cuartel-maestre general del ejército austriaco), príncipe Wolkonski (jefe del Estado Mayor del emperador de Rusia), Diebitz (cuartel-maestre general del ejército ruso) y Knesebeck, edecan del rey de Prusia (1). El emperador Alejandro en persona redactó el acta, y de su puño y letra son los siguientes acuerdos: «1.º No se librará ninguna batalla en Bar-sur-Aube; 2.º Blucher proseguirá su movimiento independiente; 3.º el gran ejército continuará su marcha por Chaumont y Langres; 4.º la continuación de este movimiento dependerá de las circunstancias; 5.º se pondrán en conocimiento de Blucher los movimientos convenidos para el gran ejército y las órdenes dadas á Winzingerode y Bulow para que se pongan á sus órdenes; 6.º se expedirán las órdenes oportunas á Winzingerode y á Bulow; 7.º se concederá á Blucher gran latitud en sus movimientos, con la reserva de que observará cierta prudencia militar.» Aquel mismo día, Federico Guillermo escribió á Blucher una carta en la que le decía: «Se ha resuelto que el ejército del príncipe Schwarzenberg desempeñe, en la continuación de la campaña, el papel que se designó al ejército silesio en el verano pasado cuando comenzaron las operaciones después del armisticio. En cambio, el ejército que está á vuestras órdenes tomará la ofensiva y será reforzado con los cuerpos de Winzingerode, de Bulow y del duque de Weimar. — El éxito de esta campaña depende, en lo sucesivo, de vos: yo y los monarcas mis aliados contamos confiadamente con que justificareis la confianza que en vos se deposita dirigiendo con energía, pero también con prudencia vuestras operaciones, y con que, dada la fuerza de resolución que os caracteriza, no perdereis nunca de vista que de vuestros triunfos depende el bienestar de todos los Estados (2).»

Los acuerdos tomados en 25 de febrero solo se explican sabiendo qué era lo que había inducido al príncipe Schwarzenberg á hacerlos adoptar. El día 21 había escrito el príncipe á su esposa: «Desde Lyon, como ya lo he dicho claramente en mi memoria, el enemigo (Augereau), que ha recibido considerables refuerzos de España, comienza á tomar la ofensiva en el valle del Saona. Fácilmente podréis comprender que esto no me pone en pequeño aprieto. Confieso que Wellington, á fuer de buen isleño, hace la guerra por sí y ante sí sin cuidarse mucho de nosotros: hace ya bastante tiempo que ha tomado sus cuarteles de invierno, y entretanto Soult y Suchet han destacado contra mí 20 ó 30,000 veteranos, de los cuales hemos hecho unos cien prisioneros. Mi

pudo haber sido escrita el día 22, como allí se dice, sino el 23 de febrero. Véase la nota del *Diario* de Nostitz, tomo I, pág. 110.

(1) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 261-262 y 195.

(2) Colomb, pág. 107.

situación, dicho sea entre los dos, es, como ya lo preví, en extremo aflictiva, pues si fraccio mi ejército, puedo ser derrotado en detalle, y si lo junto, perecemos de hambre (3).» La separación de una parte del ejército principal era inevitable, debiendo ser enviado el cuerpo de Bianchi á Dijon para combatir á Augereau. En el consejo de guerra que se celebró el día 25, Schwarzenberg hizo las siguientes manifestaciones que tomamos de una memoria, no impresa todavía, de lord Castlereagh (4): que el número de sus enfermos ascendía por lo menos á 50,000; que no tenía almacenes previamente dispuestos; que en tales circunstancias no consideraba prudente intentar una batalla con la cual se exponía á que los franceses lo arrojaran á las fortalezas insuficientemente bloqueadas; que para facilitar la llegada de los refuerzos esperados había intentado, aunque sin éxito, un armisticio; que delante de Troyes hubiera podido trabar una batalla con sus 130,000 hombres, pero que desde entonces había tenido que enviar á Bianchi con 12,000 hombres á Dijon para que saliera al encuentro del mariscal Augereau, que se había reforzado con una parte del ejército de Suchet y que desde que Blucher había retrocedido desde Mery y Plancy hacia el Norte, no contaba en la posición que ocupaba mas que con la mitad de las fuerzas de que antes podía disponer. «En vista de esto, — dice Castlereagh, — se resolvió que el ejército principal se retirara hasta detrás del alto Marne, en las posiciones de Chaumont y de Langres, para reunirse allí con la reserva de 47,000 austriacos, que habían atravesado el Rin por Basilea, y para ponerse en comunicación hacia Dijon con Bubna, Bianchi, etc. (5).» Entonces se notaron los efectos de la marcha emprendida por el ejército silesio. «Es imposible que el emperador Napoleón persiga con todas sus fuerzas al gran ejército dejándonos expe-

(3) Thielen, págs. 221-222.

(4) Chaumont, 26 de febrero.

(5) Schwarzenberg ha confesado en una carta fechada el 26 de febrero en Colombey el verdadero motivo por qué no libró en Troyes la batalla que se había asignado á Blucher: «El emperador Napoleón había reunido todas sus fuerzas para presentarnos batalla delante de Troyes, y esta voluntad decidida fué uno de los motivos que me indujeron á no aceptarla. Pero la causa principal que me movió á evitarla fué la acertada observación, que no podía menos de hacer, de que en el caso de que esta batalla fuera de funestos resultados para nosotros — lo cual podía muy bien suceder — una retirada desde Troyes hasta el Rin hubiera producido la completa disolución de nuestro ejército. Todo el movimiento de este invierno estaba calculado sobre la base de sorprender á Napoleón, de impedirle hacer todos los preparativos y de arrancarle de esta suerte una paz ventajosa. ¿Cómo podía yo querer insistir en esta operación que no descansaba sobre ningún fundamento, si, como acontecía, el objetivo era la paz? ¿por qué causas no se consiguió ésta? Librar una batalla decisiva contra un enemigo excitado con algunos triunfos por él conseguidos, que lucha por su existencia, que se encuentra en el centro de su propio país, en cuyo favor toman las armas todos sus conciudadanos y que tiene detrás de sí una capital que le facilita toda clase de socorros, es acometer una empresa que solo la necesidad puede justificar. Nosotros somos un compuesto de todas las naciones, padecemos la desgracia de llevar sobre nuestras espaldas á tres soberanos, vemos saqueados, desde que comenzaron las operaciones formales, todos los medios de transporte, pues para poner coto á estos excesos en una línea extensa tendría que organizarse un ejército que marchara detrás de los ejércitos operantes. Por esto es imposible establecer almacenes para tan considerable número de tropas. ¿Tenía, por consiguiente, yo el derecho de dar, en tal situación, una batalla decisiva en el interior de Francia sin pensar en mis flancos y en mi retaguardia, en la rebelión del paisanaje, en la presencia del soberano?» Thielen, págs. 225-226. A un punto de vista distinto se refiere Metternich (*Papeles de Metternich*, tomo I, pág. 194) cuando dice: «El plan anteriormente convenido y hasta el presente con tanto éxito seguido, que tenía por objeto no exponer la suerte de la campaña al peligro del resultado adverso de una batalla general, sino agotar paulatinamente las fuerzas de Napoleón, parecía demasiado recomendable para que lo abandonáramos sin mas ni mas.